PA7297 10 0110UHO

CAPITULO I

at the strait all solute on sound et all object

EN EL QUE SE VÉ QUE EL AMOR ACARAMELADO DE LAS MAMÁS NO ES EL MAS APROPÓSITO PARA CRIAR HÉROES.

LLÁ por los años de cuarenta á cuarenta y uno pasaba todas las mañanas por el costado Norte de la Alameda, una criada jóven, limpia y relamida, conduciendo á un niño muy lindo.

La criada se miraba en el niño; lo cual no era un obstáculo para que el alamedero se viera en la criada; porque al pasar, criada y niño, por la puerta que vé á la Santa Veracruz, el alamedero se paraba allí invariablemente para saludar á la criada.

El niño se veia libre de la mano que lo conducia y se

WE HARMS A STATE OF THE STATE O

FONDO PERNANDO DIAZ RAMIREZ

ponia á jugar, mientras el alamedero hablaba cosas mas formales con la criada.

Al niño, al alamedero y á la criada se les hacia tarde. Solia trascurrir una hora, de esas que parecen un soplo, horas de niño, horas de amor, que se pierden sin saber como.

Al cabo de esa hora, el calor del dia habia aumentado, y con el calor los colores de la criada, que estaba entonces mas bonita; el niño se habia empolvado los zapatitos y el alamedero habia tenido tiempo de hacer en el respaldo de la banca un agujerito, donde le cabia el dedo.

Como todos los dias se sentaban en el mismo lugar, el agujerito iba siendo mas hondo.

Esta manía de perforacion no es solo peculiar del alamedero en cuestion; la incuria tiene una mímica taladrante, significativa y especial.

El indio sobre todo, no trata de asuntos amorosos sin rascar la pared, la beldad cerril no oye si no rasca, y el elocuente lenguaje de las manos, el recomendado acto segundo, se reduce en ciertas gentes á hacer un agujerito.

La criada y el niño seguian el camino de la escuela y el alamedero se quedaba parado.

El nifio habia nacido el dia del Dulce Nombre de Jesus; lo cual, en concepto desu mamá, habia sido una felicidad, en virtud de la cual le daba á su hijo el nombre menos parecido al del Mártir del Gólgota: le llamaba Chucho, y Chucho le decian todos, y como tal Chucho nos le presentaron en el mundo.



Al niño, al alamedero y à la criada se les hacia tarde.

Chucho tenia siete años; pero representaba cinco, y estaba aprendiendo á leer en una amiga, porque su mamá temia que los niños de la escuela le enseñaran algo malo á Chucho, lo cual no podia suceder con las niñas.

Chucho, sin ser precisamente de la opinion de su mamá, estaba muy contento entre las nifias: bienestar á que quedó aficionado perpetuamente.

Chucho era dócil, manso, dulce é inocente.

Era la adoración de su mamá.

Hablaremos de su mamá. Era toda amor: por amor se habia casado con un oficial, con la intervencion de la autoridad y sin el consentimiento paterno; por amor habia seguido á su marido al campo del honor en donde quedó viuda; por amor lloró largos dias y por amor se sacrificaba por Chucho. La mamá de Chucho era lo que se llama vulgarmente un terron de amores.

Tenia veintiseis años; y no era precisamente una hermosura, pero tenia un *chisgo* y un aquel, que al difunto militar lo volvieron loco.

Se llamaba Elena y era hacendocita, devota y locuaz.

El ministro de la guerra tenia simpatías por Elena, lo cual proporcionaba á la viuda comodidad en la quincena y con esto y las buscas de que hablaremos despues, Elena y su hijito Chucho no le llegaban á ver las orejas al diablo de la miseria, sino que, por el contrario, no faltaba lengua que, de las comodidades de la viuda, sacase intrincadas y difamatorias deducciones.

La infancia de Chucho atravesó por esa clínica com-

plicada y penosa de la mayor parte de los niños en México, época fecunda en peripecias, las mas veces precursoras de pérdidas tempranas.

Llama la atencion, de dia en dia, el obituario de los niños: la muerte se complace en arrancarle á México á centenares sus botones; y cuando estos se salvan de los peligros inminentes de la infancia, es para guardar lesiones que, cuando menos, marchitan á los niños, dejándoles desmedrados y enclenques, pequeños, débiles y malcriados como los pollos de la ensaluda.

Entristecen esas reuniones de niños que, conducidos por las mamás y las nodrizas, salen á buscar en el Zócalo ó en la Alameda un poco de oxígeno, despues de una bronquitis, una pulmenía, una disenteria ó el crup.

Gavarni no podria menos que representar esos grupos inocentes por medio de un manojo de salsifís, ataviados con sombreritos con plumas y flores.

Chucho tuvo todas las enfermedades, desde las de la denticion hasta las de la falta de higiene y sentido comun de la almibarada Elena, su madre, quien, como queria tanto á su hijo, lo mataba.

Elena no empleaba el caudal de razon, de superioridad y de esperiencia de la madre para criar á su hijo, sino solamente el inmoderado deseo de complacerlo.

Chucho no era el ser débil y tierno, cuya difícil conservacion está encomendada á ese cuidado y desvelo maternal, de que nos dan tan elocuentes ejemplos los animales; no, Chucho era un tiranuelo en pañales que borraba con el torrente de sus lágrimas toda medida racional para su conservacion.

Elena creia firmemente, que su única mision como madre era darle gusto á su hijo.

Las lágrimas de Chucho eran un ukase para Elens.

Chucho llorando, hubiera hecho de Elena una heroina. Elena perdió á girones su lozanía, viéndose en Chucho.

El amor maternal estaba representado por el conjunto de todas las condescendencias; y nunca mayor suma de tiranía estuvo representada en sultan tan pequeño.

Chucho nació dominando para que nunca naciera en él la intuicion de la primera superioridad: la madre.

Tan luego como Chucho supo pegar, le pegó á sumadre. Elena festejó esta primera gracia, admirándose ingenuamente de la precocidad del niño.

Chucho sabia romper juguetes de alto precio, y era muy afecto á jugar con pesos fuertes, á que llamaba medios.

Efectivamente, son el medio que conduce al hombre á todos los fines.

Elena, en suma, era la madre mas pañalona que se conoce; era casi tan consentidora y tolerante como la patria, y Chucho asumia la soberanía nacional.

Así fué creciendo Chucho, objeto siempre, y á pesar de todo, del mas acendrado de los cariños.

Chucho era une de los niños mas bien vestidos y mas aseados que se conocen, pues el aseo era una de las pasiones dominantes de Elena. Chucho era, ademas, un niño muy bonito, que le disputaba la hermosura á su madre.

Elena estaba loca de gusto.

Un dia lloraba Chucho á reventar, aturdia, cansaba, alborotaba el mundo.

El niño á quien Elena llamaba su rey, y su ídolo, y su todo, tenia un capricho: queria pegarle con su espadita á un niño pobre; la madre del niño pobre estaba pidiendo limosna á Elena.

—¿Cómo darle gusto á mi hijo? decia esta.—Señora, continuó dirijiéndose á la pobre: ¿quiere usted que mi Chucho le pegue á su hijo de usted?

-¡Señorita! exclamó la pobre.

-No tenga usted cuidado, tome usted esto, y le dió un peso; yo le cambiaré á mi hijo su espadita de fierro por una de carton.

—¿Y si lastimare á mi hijo, señorita?

-No hay que temerlo, es un juguete; pero vea usted a mi hijo como llora; consienta usted, consienta usted; se lo suplico.

Chucho logró pegarle al niño pobre, y madre é hijo quedaron satisfechos.

El niño pobre no lloró; pero la madre pobre sí lloró sobre aquella moneda mas valiosa y mas amarga que todas.

· Hé aquí por qué camino y por medio de qué circunstancias se habian sofocado en el alma de Chucho estos dos sentimientos:

El respeto á la madre, y la consideracion á los pobres.

Estas condescendencias habian hecho en la moral de Chucho, lo que hacen los jardineros para impedir el nacimiento de una rama en el arbusto: destruir las yemas.

Como los niños le hacian mal & Chucho, y las niñas no, Elena procuraba inculcar á su hijo esta máxima:

-No quieras á los hombres.

—¿Y á las mugeres? preguntaba el angelito.

-A las mugeres, sí.

-Por eso quiero á las niñas de la amiga.

-¿Y á mí, me quieres?

-A tí no.

-¿Por qué, mi rey?

-Porque no me compras un coche.

-Yo te lo compraré, encanto mio.

-Pero pronto.

-Muy pronto, mafiana.

En el fondo de este pequeño diálogo, habia otras dos yemas que Elena destruia para que no crecieran las ramas.

No crecerian ni la sociabilidad ni el valor; pero en cambio naceria la pasion por el lujo, sacrificando á este vicio social el amor filial.

Elena y un usurero compraron al dia siguiente un lindo cochecito de muelles para Chucho, y en el mismo dia un tronco de chivos guarnecidos.

Chucho atesoró con hartura en su pequeño corazon toda la dósis de orgullo de que es capaz un niño.

Elena, toda la vanidad de madre que representaba el papel de rica y hacia feliz á su hijo.

El usurero acumuló otro veinticinco por ciento al crédito de Elena.

Los tres estaban contentos, el cochecito de Chucho hizo gran sensacion en las Cadenas y en la Alameda.

En ese dia no se hizo mas que pasear á Chucho.

Chucho estaba mas bonito cada dia, y despues de sus enfermedades crecia con ese desarrollo lento de los niños débiles, y apenas una tinta sonrosada, como de rosa pálida, coloreaba sus mejillas.

Elena, no obstante, veia con placer aquel desarrollo; y al notar que las formas del niño se redondeaban abandonaba sin dificultad la idea del vigor varonil, tan deseado en el crecimiento del niño, y se inclinaba á contemplarlo bajo la forma femenil.

Elena habia agotado ya todas las modas, y su imaginacion se habia cansado inventando trajecitos fantásticos para Chucho, hasta que un dia le ocurrió vestirlo de muger.

Chucho se exhibió vestido de china.

Estaba encantadora, segun Elena; y como Chucho era objeto de repetidos agasajos en traje de hembra, se aficionaba á esta trasformacion que halagaba su vanidad de niño bonito y mimado.

Estas metamórfosis, y estos mimos, y mas de que hablaremos despues, iban preparándole á Chucho para mas tarde, el adecuado y no muy envidiable nombre de Chucho el Ninfo.

CAPITULO II.

EN EL CUAL COMIENZA LA DESCRIPCION

DE LAS LUCES, MAITINES, FUNCION Y PROCESION DE

LA VÍRGEN DE LA MERCED.

L 16 de Setiembre del año de 1840, á eso de las siete de la noche, las calles de la Merced ostentaban mayor número de faroles en sus balcones y puertas, no precisamente porque en aquel dia se celebrase el trigésimo aniversario de nuestra independencia, sino por que en ese mismo dia habia comenzado el novenario de Nuestra Señora de la Merced, y este acontecimiento solia entonces conmover mas á los fieles que todas las glorias de la patria.

Hacia dos meses que en el viejo convento de la Merced

se notaba un movimiento desusado: los frailes habian celebrado ya varios capítulos y se habian puesto en comunicacion activa con los hermanos de una archicofradía y con varios vecinos ricos y devotos.

Entre estos, ocupa un lugar preferente el Sr. D. Pedro María*** que durante veintinueve años no recordaba haber faltado un solo domingo á la misa de once, ni á ninguna de las fiestas titulares.

Era D. Pedro María un hombre hecho y derecho, empleado en Palacio, y reputado como uno de los fieles devotos, de arregladas costumbres é intachable conducta. Tenia entrada franca al cláustro, y franca amistad con todes los frailes, desde el padre maestro hasta el perrero, desde el organista hasta el campanero.

Don Pedro tenia un carácter afable, y aire de jovialidad y de franqueza, que es por lo general el indicio de una conciencia pura.

- -Padre procurador, le decia aun frailazo que aparecia en el átrio del templo; es necesario que no escondas los tomines, porque la funcion de este año ha de ser la mejor que se haya visto.
 - -Como que se estrenan ornamentos, señor don Pedro.
 - -Ya visité á las sefioras que los están bordando.
 - -IFué usted á la casa!
 - -¿Te admiras?
 - -No, sino que nada me han dicho.
 - -¡Ah, bribonazo!
 - -Señor don Pedro, no sea usted temerario.

lan en concurrir una que otra noche á la fonda de Matiana, como por vía de calaverada, y otras consumen desde su casa las incitantes enchiladas, el fiambre y el pipian, que gozan de una reputacion tradicional.